



## SOBRE EL DECRETO 12 CONGREGACION GENERAL XXXII

### LA POBREZA

P. José Arroyo, S.J.

*Las siguientes reflexiones fueron enviadas por el autor a la Semana Nacional de Loyola en 1975.*

«Por lo que se refiere a la pobreza, una religión será tanto más perfecta cuanto tenga una pobreza más proporcionada a su fin» (2.2. q. 188 a. 7). Este clásico principio de Santo Tomás ha presentado siempre, y sigue presentando, no pocas dificultades, cuando se trata de evaluar la vida de pobreza real de una orden religiosa por los módulos que el principio sugiere.

Porque en él se contienen *dos exigencias fundamentales*: La primera: que se supone admitida, como una consecuencia elemental, la práctica de la «pobreza» en la vivencia efectiva de la religión. La segunda: que esta práctica es funcional, y que el determinante de la función es el fin institucional de la familia religiosa. Ahora bien: todo esto se encierra en un círculo difícilmente franqueable: ¿Cómo encaja en la entraña de la concepción adecuada de los fines institucionales de una religión, la obligación de hacer funcionalmente pobre la praxis apostólica y la comunidad que la realiza?

He aquí, a pesar de todo, un reto valiente, lanzado a todas las religiones: vivir un régimen estructural «económico», que realice con fidelidad los fines del instituto, discernidos en sinceridad de espíritu, y a la vez permita, proteja y desarrolle la práctica de la pobreza material.

1.—La Compañía de Jesús parece haberse deslizado sobre el filo de este reto, a lo largo de su prolongada experiencia histórica y de su incalculable esfuerzo apostólico. Tal vez sea difícil hacer una valoración objetiva de la conducta histórica de la orden, considerada en todo su conjunto. La dificultad radicará en que el juicio de valor se verá afectado por la óptica del historiador, que proyectará, sobre la historia el canon de sus propias concepciones teológicas o sociológicas.

Sin duda ninguna *nuestros primeros Padres intuyeron* la necesidad de conjugar una auténtica diakonía de la fe en medio del mundo concreto, con una vivencia testimonial de servicio en pobreza y humildad. Formularon reflejamente esta intuición en los documentos fundacionales: el seguimiento del «Cristo pobre y humilde del Evangelio» fue no solamente un programa fundacional, sino también un punto constante de referencia para «más dejarse afectar», en fidelidad a la espiritualidad de los Ejercicios.

Pero *nuestra historia evidencia la dificultad* del equilibrio (casi de cuerda floja) que han mantenido durante siglos nuestras Casas y nuestras obras. Esa historia parece demostrar que los errores, y aun los abusos que se hayan cometido en materia de pobreza religiosa, han sido causados no solamente por la malicia o la debilidad de la naturaleza humana y la degeneración ineludible de las conductas comunitarias, sino también, y en parte muy notable, por la dificultad intrínseca, honradamente experimentada, de vivir fielmente la primitiva intuición fundacional, tal como estaba articulada en norma de derecho.

2.—Es decir: la Compañía ha vivido su historia sometida a un «régimen» de pobreza fundacional, caracterizado, entre otros matices, por dos notas arriesgadas:

*Primera:* Un régimen muy difícil de aplicar al pie de la letra en una orden apostólica progresivamente desarrollada y operativamente compleja. Es más, para un hombre tan responsable como el cardenal Belarmino, era hasta difícil de aceptar en fidelidad al espíritu. (Cfr. ARSJ Inst. 180 I 290r. n. 36).

*Segunda:* Un régimen de pobreza apto para permitir en la praxis una cierta equivocidad, cuyas lamentables consecuencias sólo podían ser contrarrestadas por la más sincera actitud espiritual interior de las personas y de las comunidades. Y esta fidelidad no siempre se puede esperar, en grado suficientemente operativo, de hombres reunidos en grupos. Recuérdese, por citar un solo ejemplo, que en nuestro «régimen de pobreza», en virtud de la percepción de las limosnas, ha sido compatible una fidelidad terminante a la «gratuidad de ministerios», con un ambiente de pobreza práctica discutible por lo que se refiere a la vida de las comunidades y a la organización de las obras. El hecho real de que la Compañía haya dado espléndidos ejemplos de pobreza real, y la fuerte defensa que han hecho siempre las Congregaciones Generales y los Superiores de la necesidad de una pobreza real, confirman precisamente lo arriesgado del equilibrio ignaciano.

Es notable constatar el «sentido común» que ha caracterizado la obra legislativa de las Congregaciones Generales en materia de pobreza. Algunos pensarán que este «sentido común» podría calificarse de otra manera, v. gr., de oportunismo o de hipocresía jurídica: pero la resultante histórica es clara: la Compañía ha vivido siempre el reto de la pobreza, desarrollando una ingente labor apostólica, y con el convencimiento leal de que hacía una obra de discernimiento cuando intentaba responder a las exigencias de la espiritualidad de los Ejercicios en las circunstancias concretas de los campos apostólicos. Reconocerá, a la vez, humildemente sus errores, cuando se aparte de esas exigencias del discernimiento. Los «equilibrios legales» de nuestro Instituto, que demuestran ese sentido común, son bien conocidos de todos: así v. g., la historia de los colegios, las Casas de Escritores, las Universidades científicas, las Casas de Ejercicios, etc. Como trabajo reciente, y muy a la mano, se puede citar el documento *«Inconvenientes del doble régimen de bienes de la Compañía...»* Su autor es el Padre Jesús M.<sup>a</sup> Díaz de Acebedo y aparece publicado en el folleto CPGG. *Documento complementaria* 8A De. 1973.

3.—En la Congregación General XXXII se hicieron urgentes *dos líneas fundamentales de inquietud*: Una de ellas se puede ex-

presar con estas palabras, tomadas de la *Relatio Prima de paupertate iuridica et institutional*, presentada por la Comisión III de la misma Congregación:

«Habiendo aumentado la variedad de casas y obras apostólicas de la Compañía, desde el principio apareció que el doble régimen (de bienes) era insuficiente, e incluso inexplicable en todo su rigor. De ahí nacieron excepciones continuas, interpretaciones de sentido más amplio, ficciones de derecho, subterfugios, etc., con el fin de que todos los domicilios y las instituciones apostólicas de la Compañía, de algún modo pudieran ser incluidos en uno de los dos miembros de la división» (cfr. p. 5).

La otra línea de inquietud se refleja en otras palabras, tomadas también de una relación presentada a la Congregación General XXXII: *Relación primera de la Comisión III*. La relación se refiere ahora a *algunos principios espirituales de nuestra pobreza personal y comunitaria*.

«...teniendo en cuenta, de una parte, la mayor sensibilidad de la Compañía de nuestro tiempo para el testimonio de la pobreza... y de otra parte el hecho de que se da una evidente moción espiritual en la Compañía hacia la vida realmente más pobre»

De esta última afirmación son buena prueba los numerosos postulados, llegados a la Congregación General XXXII desde todos los ángulos de nuestra Compañía.

Podría parecer que estas dos líneas tienen contenidos diversos, o, a lo más, complementarios. Pero esto sería una visión superficial. La realidad es que están fundidas allí mismo donde el corazón de cualquier inquietud sobre la pobreza de nuestra orden tenía y tendrá en adelante que latir: el sincero deseo de acomodar las estructuras jurídicas, y paralelamente la vida real, a las exigencias legítimas de nuevos signos históricos. Estos signos históricos han sido ya discernidos por la Iglesia en varios docu-

mentos relativos a la vida religiosa. Son signos históricos que interrogan sobre la sinceridad de una pobreza testimonial afectiva y efectiva, a la que deben dar cauce las vías legales de las familias religiosas. Y estos signos históricos han surgido también a la conciencia de la Compañía y se hicieron sentir desde hace tiempo en vistas de la Congregación General.

Por eso podrá advertirse que los diversos apartados del decreto correspondiente tienen que ser leídos con una inteligencia integradora, fruto de una adecuada sensibilización: en este punto de la pobreza, el derecho y la inquietud vital se han informado mutuamente dentro de la Congregación.

4.—He aquí *el proceso histórico de la evolución de la inquietud* sobre materia de pobreza, desarrollado en tres escenarios adecuados, dentro de un espacio relativamente corto de nuestra historia: son los años de las tres últimas Congregaciones Generales.

1.º—La *Congregación General XXX*. Es aleccionadora la lectura de la convocatoria de esta Congregación, el 8 de diciembre de 1956:

«...peligro de que la puridad de nuestra pobreza... Por otra parte, quedan pendientes no pocas cuestiones sobre la pobreza de nuestro instituto, que deben ser resueltas jurídicamente por la Congregación General...» (AR XIII, p. 107).

También es instructiva la lectura de algunos de los decretos de esa Congregación, precisamente en torno a estas cuestiones:

«Quedaban cuestiones (de pobreza)... y en primer lugar la cuestión fundamental: qué principios han de ser establecidos, para que se conserve la pobreza ignaciana, en las circunstancias cambiantes de nuestro tiempo... Para estas difícilísimas cuestiones... se requería más profundo estudio...» (decr. 22, n. 7).

Estas confesiones de una Congregación General constituyen la cresta de la ola de un antiguo problema. Desde ahora las preocupaciones se centraron en una problemática concreta, más o

menos explícitamente intentada, que desembocará definitivamente en la legislación de la Congregación General XXXII. La Congregación XXX se limitó a hacer honestamente lo que podía: legisló sobre los aspectos ascéticos y espirituales de la pobreza. En un decreto histórico (d. 23) y en varios decretos dispositivos (46, 47, 48, 50) reafirmó la línea de anteriores disposiciones (cfr. d. 22, n. 2), insistió en los problemas y principios directivos de la pobreza práctica (d. 22 *passim* y d. 46 y 47) y se asomó tímidamente a soluciones estructurales de cuestiones viejas (d. 48. Cfr. también d. 22, nn. 4 y 5).

Pero quedaba esa ruta dibujada en el mapa del futuro: «*quaestio fundamentalis*». ¿Habría de entenderse la tarea como una mera reforma de estructuras o de principios básicos de una pobreza real?

2.<sup>a</sup>—La *Congregación General XXXI*. Esta Congregación dio un paso definitivo para la integración de las estructuras legales de la pobreza y la práctica de una pobreza más acomodada a los signos de los tiempos. No lo hizo todo: pero abrió la puerta para la sabia solución que posteriormente arbitraría la Congregación General XXXII, abriendo a la vez un camino que desembocaba en esta solución, o tendría que haber desembocado en otra parecida.

La Congregación General XXXI tuvo lugar en un momento, en el cual los estudios sobre las cuestiones de la pobreza en la Compañía habían logrado una altura notablemente científica. Es ingente el trabajo que se había acumulado. De todo este trabajo es conveniente destacar un punto clave: la decisión de considerar legítimo en nuestro régimen de pobreza «el fruto o remuneración del trabajo... como fuente... de bienes materiales, necesarios para la vida y el apostolado de los nuestros... además de las limosnas y de las rentas...» (decr. 18, n. 15). La difícil situación del «doble régimen» había encontrado una solución sensata, que la legislación del Concilio Vaticano II habría de conservar para los religiosos.

Desde esa decisión, la Congregación General XXXI se sintió liberada para hablar con tranquilidad de la «pobreza real» y dar unas directrices normativas capaces de desarrollarla en la vida de la Compañía. Son los nn. 2-11 del decreto correspondiente.

3.º—La *Congregación General XXXII*. La anterior Congregación no cerró la puerta a los abusos, errores y subterfugios personales y comunitarios que pudieran producirse. La última Congregación tampoco habrá conseguido cerrarla. La sinceridad de la vida no pierde su arriesgado privilegio de libertad frente al mejor de los derechos: la debilidad humana no se encajona fácilmente en normas prácticas. Pero la Congregación General XXXI había dejado allanado el camino no sólo porque obligó a un estudio definitivo, en el orden institucional, a base de Comisiones constituidas para este fin, y por el compromiso que urgía al Padre General a preparar debidamente la Congregación siguiente, sino también porque hizo imprescindible el tocar a fondo el campo delicado del «doble régimen» de bienes, tal como se contenía constitucionalmente en la fórmula del instituto.

La cuestión era clara. ¿Qué es esa Compañía, que, en orden a la pobreza religiosa, y a pesar de todas las reservas que se habían formulado en la Congregación General XXXI, puede, sin embargo, vivir del trabajo retribuido, lo mismo en las casas profesas que en las casas de formación, en los sujetos y en las comunidades? ¿Por dónde había de entrar ahora la división real en la vida de la pobreza institucional, dentro de un signo histórico en el que las «rentas» y las «limosnas» no acaparan monopolísticamente la economía, y donde el «trabajo» acaba por ser el señor? Y, en el sentido espiritual, de cara a la concepción de la fórmula de nuestro instituto ¿qué son esos hombres, pobres y humildes en Cristo, que no viven de limosna, ni están acogidos al régimen de rentas, pero funcionan apostólicamente en virtud del fruto de su trabajo, y con él piensan ayudar a sus hermanos más necesitados, pobres, enfermos, o jesuitas en formación?

Tal vez se podrá discutir la solución concreta que ha adoptado la Congregación General XXXII. La Comisión preparato-

ria de la Congregación General presentó la solución que se había estudiado concienzudamente. Dentro de la Congregación, ya constituida legalmente, la Comisión III adoptó las proposiciones estudiadas. La Congregación sufragó las proposiciones con amplísimos márgenes de confianza. Es una solución sabia, que integra el espíritu y la estructura, y que, a su vez, se articulaba por una serie de medidas complementarias para la buena «praxis» del manejo de los bienes económicos: presupuestos, solidaridad, etc.

5.—La Compañía entera ha quedado emplazada dentro de *una experiencia nueva*. Los principios «estrictamente espirituales» son los mismos, que siempre han sostenido la fidelidad de nuestro camino de seguimiento de Cristo, no obstante las limitaciones humanas. Pero han quedado marcados por una inflexión entrañable y exigitiva: la *inquietud* por la pobreza «práctica», signo de la Iglesia y de la vida religiosa de la etapa postconciliar. Todavía falta mucho para interpretar y vivir adecuadamente este signo, y para liberarlo de extremismos o desviaciones, que no responden a la fuerza del Espíritu. Desde todos los ángulos tendrá que levantarse un esfuerzo común de discernimiento fraternal y de sabia acción de gobierno. Pero la adaptación del régimen legal, que ha sancionado la Congregación General XXXII facilitará esa labor de discernimiento, y hará menos difícil la vivencia de las inquietudes, que sanamente se detectan en nuestra familia religiosa. De esta manera se podrá conjugar una práctica más real de la pobreza, con una labor apostólica infatigablemente atenta al servicio de la Iglesia, pueblo de Dios.

También en esta época, como en los siglos anteriores, contará la Compañía con la «gratia vocationis» para ser fiel al carisma de su fundador.